PRESENTACIÓN

Una vez más nos atrevemos a publicar, después de muchos años de estudio, de investigación y de docencia. Siempre con la sensación de no llegar a la meta propuesta, pero al mismo tiempo con el deseo de hacer partícipes de mis trabajos a cuantos se acercan a las páginas luminosas del IV Evangelio, en especial pensando en mis discípulos y compañeros sacerdotes, deseoso de ofrecerles unas pistas de lectura y de estudio sereno que, Dios lo quiera, les sirvan de ayuda en su vida sacerdotal.

Ofrezco así un apoyo en ese ministerio de la Palabra del que hablaban los apóstoles (cfr. Hch 6, 2), como justa causa para nombrar a los diáconos que atendieran a las mesas de las viudas, de los pobres de entonces. Benedicto XVI en su primera encíclica se refiere a este pasaje, para subrayar la importancia de la koinwnia, *koinonía,* en la vida de la Iglesia, es decir la necesidad de que haya una verdadera «comunión» en la Iglesia, de tal forma que se viva el servicio de la caridad. Como a los Apóstoles les «estaba encomendado sobre todo la «oración» (Eucaristía y Liturgia) y el «servicio de la Palabra», se sintieron excesivamente cargados con el «servicio de las mesas»; decidieron, pues reservar para sí el oficio principal y crear para el otro, también necesario en la Iglesia, un grupo de siete personas» [1]. Es cierto que estos, además del «servicio de la caridad», también se dedicaron a la evangelización. Pero en el caso de los apóstoles entienden como primordial la obligación de entregarse al ministerio de la Palabra, y también aducen la necesidad de dedicarse a la oración (cfr. Hch 6, 4). Pienso que, en definitiva, la predicación y la oración son dos facetas de ese ministerio o servicio de la Palabra, supuesto que ese servicio consiste en hablar a los hombres

1. *O.c.,* n. 21.

de parte de Dios, y hablar a Dios de parte de los hombres. Y para ese ministerio es preciso conocer el mensaje que ha de transmitirse y, al mismo tiempo, estar persuadidos de que Dios es nuestro Padre (cfr. Jn 1, 12-13), y que es también el Espíritu de la verdad quien nos enseña lo que hemos de predicar (cfr. Jn 16, 13. 15) y lo que hemos de pedir (cfr. Jn 4, 23). Hay que conocer que Cristo es el Camino, la Verdad y la Vida (cfr. Jn 14, 16); y recordar siempre que como el Padre ha enviado al Hijo Unigénito, así Jesús nos envía a nosotros, sus discípulos y apóstoles (cfr. Jn 20, 21).

Cuando estaba a punto de imprimirse esta segunda edición del presente libro, apareció el primer volumen de la vida de Jesucristo que Benedicto XVI está preparando. Al no tener aún la versión española, he recurrido a la italiana. Me hubiera gustado leerle a fondo e incorporar muchas de sus ideas y enseñanzas, máxime cuando dedica tanto espacio al IV Evangelio, del que trata todo el capítulo VIII y lo cita unas ciento sesenta y ocho veces. De todas forma he podido espigar algunos pasajes.

Por razones académicas me he dedicado, casi desde el principio de mi tarea docente, allá por los años sesenta, al estudio, enseñanza, traducción y comentario del IV Evangelio, sobre todo en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, donde trabajo desde el curso 1971-1972. Lo considero una gracia particular del Señor, ya que el IV Evangelio fue siempre para mí, como para otros muchos, un punto de atracción casi fascinante, sobre todo cuando en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma tuve la fortuna de seguir el curso del P. Ignace de la Potterie sobre la Pasión según San Juan. Creo que todos mis condiscípulos coincidieron en el impacto que aquellas clases nos causaron. Desde entonces, el evangelio de San Juan me ha atraído de modo singular. Por otra parte su presencia preeminente en la Liturgia hace que la voz de Jesucristo, el Buen Pastor (cfr. Jn 10, 11), recogida en sus páginas, resuene una y otra vez en la vida de los creyentes.

He de aclarar que el objetivo propuesto condiciona el método y el estilo adoptado. Es decir, nos situamos en lo que se puede llamar una alta difusión, campo que evita la polémica y las posturas extremas, género que exige la sencillez y la fluidez estilística. Sé que no es fácil conseguirlo, pero al menos el propósito y el intento ahí están. Como es lógico, respeto y admiro a quienes se mueven en otros niveles metodológicos.

Es obligado agradecer al P. Ignace De la Potterie, ya fallecido,uno de mis maestros, sus palabras del Prólogo. En este apartado de agradecimientos, recuerdo a otro profesor con el cual he convivido muchos años en las clases, en la traducción de la Biblia, y en el senderismo

montañero de los bellos montes de Navarra. Me refiero a D. José María Casciaro del que tanto he aprendido en los casi treinta años que he trabajado con él. Su consejo y paciente asesoramiento han influido muy especialmente en este trabajo. También falleció y dejó en nosotros el volumen de su ausencia. Quiero mencionar a los profesores Mons. Domingo Muñoz León cuya estima tanto me ha estimulado. Deseo también tener un especial para el arzobispo emérito de Mérida-Badajoz Mons. Antonio Montero, así como para mi actual arzobispo Mons. Saniago García Aracil, y para mis alumnos todos, incluidos los de Loja e Ibarra en Ecuador, los de Sololá en Guatemala, muchos esparcidos hoy por el mundo entero. También es de justicia recordar a la Iglesia Nacional Española de Montserrat y de Santiago, donde he podido residir y trabajar en un ambiente familiar y de alto estudio, entre buenos compañeros y colegas, durante el mes Septiembre, cuando *Campo di fiori* se llena de los dorados colores en inicio del Otoño, cuando los judíos, cuyo gheto romano es casi vecino a Via Giulia, celebran el día del Yom Kippur y la Fiesta de las Tiendas. Un recuerdo agradecido para Mons. Justo Fernández Alonso que en paz descanse, y otro, muy entrañable, para Mons. José Luis González Novalín, actual Rector de la Iglesia de Monserrat en Roma, y para el Prof. D. Mariano Sanz González actual Vicerector, que me honran con su estima y amistad.

En cuanto a la edición italiana, realizada por la Librería Editrice Vaticana el año 2006, quise añadir unas líneas que ahora repito en esta nueva edición española. Ante todo manifestar mi admiración y estima al Profesor Mons. Giuseppe Segalla, al que conozco desde hace muchos años, pues más de una vez hemos coincidido en las reuniones de la Studiorum Novi Testamenti Societas. De modo particular recuerdo su presencia en la celebrada en Madrid en 1992, así como la tenida en la Universidad Católica de Milán, de tan grato recuerdo, no sólo por la cordial acogida de la Asociación Bíblica Italiana, sino también por la nobleza y la solera de la ciudad milanesa, así como por la belleza y la piedad de una celebración que allí tuvimos en rito ambrosiano.

Cuando le envié un ejemplar de la primera edición de la Cristología joánica, Mons. Segalla me escribió una carta que ha sido uno de los estímulos más fuertes que he recibido para mi trabajo exegético. Me permito transcribir algunas líneas pues en ella se expresa de forma acertada cuál ha sido mi intención y mi objetivo, quizás no conseguidos, al publicar estos estudios: «Gracias por el libro «Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos». No tengas escrúpulo de utilizar mis palabras y mis opiniones sobre tu libro. Siempre soy feliz al ver a mis colegas y amigos que buscan comunicae aquella verdad que con tanto esfuerzo y entusiasmo han adquirido. Lo que más admiro en este volumen que

me has enviado es el entramado entre Escritura en el sentido más amplio (…), liturgia, magisterio actual y problemas actuales sin perderte en «minucias»… Y eso que es el óleo que da sabor y suscita el impulso y el entusiasmo que se ve llevas dentro y lo comunicas al lector» [2] En primer lugar, sus palabras muestran clara magnanimidad respecto a sus colegas, que considera además amigos, cuyos trabajos estima, sin duda que por experiencia propia, fruto de mucho esfuerzo y paciente labor. Por otro lado, me muestran una estima y aprecio que agradezco vivamente. Me gustaría estar convencido de que cuanto dice es así en realidad. Lo que sí puedo reiterar es que ha descrito perfectamente cuales han sido, y son, mis deseos e intención al escribir este libro.

Para cerrar este apartado de agradecimiento, quiero nombrar al Obispo y Prelado actual del Opus Dei, Mons. Javier Echevarría, agradecer y transcribir sus palabras de aliento: «Te felicito por ese trabajo y pido al Señor, por la intercesión de la Santísima Virgen y del Discípulo amado, que sirva para que muchas personas –recordando lo que decía nuestro Padre– busquen de verdad a Cristo, le traten y, por ese camino, lleguen también a amarle».

2. «Grazie del libro "Jesús el Nazareno, el Rey de los judíos". Non farti alcun scrupulo di usare mie parole e miei giudici sul tuo libro. Sono sempre lieto di vedere miei colleghi ed amici che cercano di communicare quella verità che con tanto sforzo ed entusiasmo hanno acquisito. Ciò che ammiro di più anche in questo volume che mi hai inviato è l'intreccio fra Scrittura nel senso più ampio (...), liturgie, magistero attuale e problemi di oggi, con rigore scientifico-didattico senza perderti nelle «minuzie» (...). E ciò che è l'olio che da gusto e sollecita il movimento, è l'entusiasmo che si vede porti dentro e communichi a chi legge».